



*A mis amigos de la infancia.
Nuestras vivencias están esparcidas por
estas páginas y solo nosotros
sabemos de qué forma...*

*A los desvelos. Ellos le dan
textura, matices y consistencia
a cada escena de esta historia*



Capítulo 1

EL NIÑO QUE
BRILLABA
DEMASIADO

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

Moscú, 17 de enero de 1985

—¡Dejad de perseguirme, por favor! ¡Que yo no os he hecho nada!

El flequillo de aquel niño pálido, moreno, pelado a tazón, endeble en apariencia y arcaico en indumentaria, se meneaba de un lado a otro con aquella carrera frenética. Ya iban tres vueltas al recreo. En la siguiente, pensó, cambiaría el itinerario para dar esquinazo a los acosadores. Giraba la cabeza para controlar la distancia que los separaba; le pisaban los talones. Filipp, Angel y Ralph, dueños del patio cuando los mayores asistían a clase, no daban tregua al *Rarito* de tercero de Primaria del Colegio Alemán.

Al llegar por cuarta vez al final de la fachada principal, cambio de trayectoria. Nada de girar a la izquierda. Continuó recto, cuesta arriba, en dirección a una pequeña casetilla de electricidad. La rodearía por la izquierda y seguiría a todo fuelle. No obstante, la pendiente y el cansancio lo concienciaban a cada paso: la maniobra de fuga hacía aguas.

En menos de un minuto lo pillarían.

Él, novato en eso de ser maltratado sin motivo, se había condenado al elegir aquel camino ciego, feo y lleno de piedrecitas resbaladizas. El chico apenas llevaba dos semanas en el centro. Su incorporación al curso tras la navidad, con las clases ya avanzadas, no estaba siendo fácil. Nada fácil.

—¡Eres un pelota... so capullo! No corras... que te vamos a enseñar... a arreglar relojes...

Angel, el cabecilla, casi asfixiado, vociferaba amenazante con el hilo de aire que le quedaba. Correr no era lo suyo. Pies planos, trasero gordito, panza generosa y exceso de películas del videoclub los fines de semana. El esfuerzo le enrojeció la cara hasta ocultarle

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

las pecas que salpicaban sus mofletes. Algo más adelante, Ralph y Filipp marcaban el ritmo.

Llegaron al terraplén. Con ocho años, el patio de recreo es gigante salvo cuando quieren atizarte. Entonces anhelas que sea mucho más grande, sin muros, para seguir corriendo hasta el infinito. No era el caso. Continuar significaba caer al vacío por un abismo pedregoso de unos tres metros de alto. El chico frenó en seco, haciendo rechinar las piedras bajo sus mocasines burdeos y se giró. Miró al cielo gris, suspiró y dejó que el ambiente helado lo abrazara. Hacer frente a los tres matones era mejor que despeñarse.

—Si me dejáis en paz os hago... ¡unas gafas con limpiaparabrisas!
—ofertó el joven, acorralado, sonriendo como si hubiera encontrado un salvoconducto que lo devolviera sano y salvo a casa.

Los tres chicos se quedaron en silencio. Incrédulos, se miraron los unos a los otros para comprobar que habían oído lo mismo. Sí, coincidieron: la presa se estaba burlando de ellos.

—¡JA JA JA JA JA!

Se partieron de la risa, dándose codazos y exagerando los gestos para hacer aún más miserable a *Novato*. Filipp calló, se puso serio y se mordió el labio. Pasó la mano por su pelo rubio rizado y negó con la cabeza. Lo desesperaban las tonterías que salían por la boca de aquel miserable.

—¡Claro! ¿Además de relojero también eres inventor? —Ralph, moreno, delgado, pero muy fuerte, lo miró con sus ojos verdes desafiantes.

—Pues si no me dejáis... —dudó— ¡Os mandaré misiles nucleares a vuestras casas con mi ordenador! Mi padre sabe hacerlo, ¿eh? Os vamos a machacar, asquerosos... —la cara del niño se oscureció y un halo de ira y ansiedad lo envolvió de forma inesperada.

Sorprendidos por su prepotencia, sonrieron tímidamente y cruzaron sus miradas. Asintieron. Ya estaba bien de cháchara. Nadie

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

poseía la capacidad para enviar misiles a casa de otro por muy cebrebrito que fuera. Tocaba atizar al friki.

Angel se avalanzó sin piedad, pasándole el brazo por detrás del cuello al chico y poniéndole una zancadilla a la altura del talón de Aquiles para tirarlo al suelo. No pudo. Optó entonces por separarse lo suficiente como para darle una patada a la altura del estómago. La obesidad del gamberro evitó que el movimiento fuera rápido, así que *Novato* tuvo tiempo de sobra para agarrarle el tobillo y subirlo con fuerza para desequilibrarlo. Aquella pequeña mole de maldad se fue al suelo. Ralph estuvo a punto de intervenir, pero Filipp lo sujetó por el brazo: “Deja que *Gordi* se defienda; tiene que aprender”.

No se defendió. *Rarito* pasó de acosado a acosador. Tras derribar a su contrincante, le puso una rodilla en el pecho y le cogió la cabeza para, a continuación, comenzar a golpearla contra el suelo húmedo, cubierto por una capa de aguanieve. Angel era un pelele en sus manos, incapaz de soltarse ni de menearse para escapar. Expelía por su boca vaho y pequeñas gotas de saliva sin control que iban a parar a su propio jersey, de marca y recién estrenado. O sus amigos lo ayudaban, o aquello acabaría mal.

—¡Eh! Vosotros dos, parad ahora mismo y venid a mi despacho.

La orden del profesor Kuznetsov tuvo efecto inmediato. *Novato* se levantó y agachó la crisma; Angel, aturdido, comenzó a escurrir la suya y a sacudirse de arena el pelo y la ropa. Ralph y Filipp levantaban las palmas de las manos y negaban con la cabeza, con cierta cobardía, dejando entrever al maestro que ellos no tenían nada que ver con el origen de la refriega.

Una bronca monumental en el despacho de Dirección dio paso al castigo: una semana sin salir al recreo y nada de postre en el comedor. Además, los dos trabajarían juntos limpiando los baños del colegio por treinta días. “La próxima vez os expulsaré un mes, y creo que eso no será del agrado de vuestros padres”, sentenció Kuznetsov.

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

Cabizbajos, salieron de la oficina y se encaminaron hacia el aula que compartían a regañadientes.

La tabla de multiplicar dominaba el ambiente. La del siete, concretamente, se les atragantaba a algunos alumnos, algo que *Rarito* no lograba entender. La memorizó a la primera sin esfuerzo y siguió por la del ocho, la del nueve... Consideraba que la del diez era pura lógica y que no requería la menor atención. Por supuesto, él había aprendido todo eso un par de años atrás.

Leía, escribía —sin faltas de ortografía—, multiplicaba y dividía desde los cinco años. Nunca le enseñaron a montar en bicicleta; sabía hacerlo, sin más. Desde su habitación de niño humilde, que no pobre, había recreado en su cabeza mil y una veces cómo sería eso de pedalear. Tanto lo imaginó que no necesitó más que una oportunidad para dejar boquiabiertos a sus amigos cuando presagiaban un porrazo sobre ruedas contra la pared más cercana.

Con seis años ya memorizaba todo lo que le ponían por delante. Noticias de los periódicos, la cartelera de todos los cines de la ciudad, letras de canciones o recetas de cocina. Y, al contrario de lo que pudiera parecer, siempre había sido considerado un niño más o menos normal. Él se esforzaba porque eso fuera así, pero si en algún momento lo olvidaba, ahí estaba su madre, Franziska, para recordárselo a cada momento.

Sin embargo, ¿cuánto de “normal” tenía la vida de Rarito?

Su padre, Fyodor, era técnico en electrónica y amaba las dos variantes de su profesión: durante el día arreglaba los ordenadores y las máquinas de la imprenta del *Komsomólskaya Pravda*, un periódico nacido en 1925 en el seno de las juventudes comunistas; las noches —y otros ratos libres— las ocupaban los encargos especiales del KGB (la agencia de inteligencia rusa).

El Gobierno le tenía asignada la interceptación de comunicaciones que pudieran dañar a la Unión Soviética. Las grabaciones a esta-

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

dounidenses o a cualquier enemigo capitalista eran muy valiosas, por lo que disponía de un permiso para salir de las fronteras de la URSS y hacer incursiones en Europa si el botín merecía la pena.

Con frecuencia, desaparecía sin avisar y permanecía en paradero desconocido durante semanas. En esos períodos, *Novato* lo pasaba fatal: más insomnio, más irritabilidad, más sensibilidad, menos apetito.

De la misma forma, Fyodor volvía en cualquier momento, con una sonrisa, con algún relato inverosímil que explicara su última excursión —un viaje para estudiar una nueva máquina, la instalación de otra planta de impresión del *Komsomólskaya Pravda* que debía supervisar...— y, casi siempre, con un regalo bajo el brazo.

De todos esos obsequios, uno le cambiaría la vida: un ordenador Amstrad CPC472 —un modelo especial con 8 kilobytes inservibles más en la ROM— con monitor de fósforo verde y un lector de cintas con el que pasaría largas jornadas en los siguientes años. Fyodor lo adquirió en un bazar de Madrid mientras ejecutaba una misión de espionaje a finales de 1984.

Esa máquina le dio la oportunidad de disfrutar de cientos de tardes y fines de semana memorables. Y eso lo ayudó a acumular fuerzas para resistir las mañanas desastrosas en el Colegio Alemán.

Porque los días de *Rarito* empezaban mal; con sueño, con frío, con dolor de estómago por los nervios, con una leche en polvo caliente que no sabía a nada y con un camino peatonal hasta la escuela en el que predominaban el gris y un asqueroso olor a humo que salía de los LADA que invadían las calles en hora punta.

Unos trescientos metros antes de llegar a la puerta del colegio, *Novato* se soltaba de la mano de su madre con un pequeño tirón que ella aprendió a aceptar poco a poco. Al cabo de un par de semanas, Franziska dejó de sentir aquel nudo en el estómago cuando su hijo le expresaba, sin abrir la boca, que le avergonzaba su presencia, especialmente si estaban en la puerta los chulitos de la clase.

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

Los recreos y los descansos, intercalados en las cinco horas lectivas de cada mañana, eran un pequeño infierno. No solo era peligroso para él estar en el patio o en el comedor; ir al cuarto de baño era una aventura si tenía la mala suerte de coincidir en el trayecto con la pandilla de gamberros del colegio.

Su mundo cambiaba a partir de las cinco de la tarde.

Entonces empezaba a ponerse el sol y su interior se preparaba para brillar. Su cerebro bajaba la guardia al dejar atrás el bullicio y el estrés que le causaban los habitantes de las aulas. Tocaba cambio de chip. Tocaba dejar atrás el miedo. Tocaba entregarse a programar en BASIC y compensar a su madre.

Al llegar de clase la pillaba casi siempre en la cocina, trasteando por los muebles o deambulando por el pasillo midiendo en el reloj cuánto se retrasaba su hijo.

Pasado el umbral de la puerta, el niño se descalzaba y, seguro ya de que nadie los veía, corría hasta Ziska para abrazarla y recordarle lo bien que olía.

El gesto, pensaba él, debía neutralizar la mala sensación que le quedaba a ella cuando él aflojaba la mano antes de entrar a la escuela.

El pequeño genio se colocaba las zapatillas y se iba directo al austero despacho del fondo a jugar y programar. Pasada una hora llegaría la merienda: un rico Smørbrød —nombre que recibía en Noruega (país de origen de la familia de Franziska) el pan con mantequilla— y un vaso con chocolate caliente.

De fondo oía la música que su madre reproducía en un viejo tocadiscos conectado a un equipo HiFi compuesto, pieza a pieza, mes a mes, sueldo a sueldo, por Fyodor. Sonaba muy bien. En aquellas tardes grises, la luz la ponían el sol flojito, las lámparas gastadas y los éxitos de Donna Summer, Madonna, Police, Whitney Houston o Michael Jackson.

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

Las apreturas económicas atosigaban a la familia y tampoco estaba bien visto que los funcionarios del gobierno soviético derrocharan en mobiliario. Imperaba el reciclaje forzoso, por lo que la decoración ‘vintage’ no era una corriente estética, sino una obligación.

En esas circunstancias, y a falta de un buen escritorio, Fyodor resolvió convertir un antiguo mueble-bar en una mesa para su Amstrad CPC472. Quitó una puerta abatible de arriba y en el lugar donde antes se ubicaban las botellas y las copas para los invitados, se erigió una pantalla con un teclado. Tras arrancar el portón de abajo hubo sitio para los pies. Ni en sus mejores sueños *Rarito* habría imaginado un rincón más acogedor para sus tardes interminables de lectura y programación.

El manual de usuario del ordenador, con anillas de plástico blanco y una portada de cartulina multicolor brillante, estaba casi intacto; la guía de lenguaje BASIC, no tanto. Contenía decenas, si no cientos, de anotaciones sobre las páginas. Nunca olvidaría su primer bucle infinito:

```
10 PRINT "HELLO, FYODOR"  
20 GOTO 10  
RUN
```

Novato aprendió en pocas semanas a hacer funciones —o, mejor dicho, subrutinas— con el comando GOSUB, a dibujar con LOCATE, PLOT, MOVE o DRAW, a introducir condicionales IF THEN en sus códigos, a crear bucles complejos y, en definitiva, a dominar el BASIC. Una maravilla insólita para un chico de apenas ocho años que empezaba a entenderse mucho mejor con su ordenador que con el resto del mundo.

La limitada capacidad de la máquina —solo 64 kilobytes de RAM— lo condujo a acumular una colección gigante de cintas de

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

casete. En ellas almacenaba las creaciones que no cabían en la memoria, que desaparecían si apagaba el computador y que resolvían muchos de sus problemas. “Ojalá pudiera meter a Angel, Filipp y Ralph en una de estas —fantaseaba girando una casete cerca de sus ojos— para guardarlos en un cajón y dejarlos ahí, hibernando, cien o doscientos años”.

Cuando terminaba de programar, teclaba *SAVE* “Nombre del programa” y pulsaba la tecla Enter. Acto seguido el ordenador mostraba en pantalla un escueto mensaje: “*Press Rec and Play, then any key*” (Presione Rec y Play y luego otra tecla). Metía una cinta virgen —así se llama a las que están vacías— de las que le traía su padre a escondidas y grababa en ella el contenido. De los ocho a los diez años hizo esa operación cientos de veces.

Fyodor disfrutaba de una asignación mensual de veinte casetes para utilizarlas en sus misiones de espionaje para el KGB. Generalmente, las operaciones de escucha que le encomendaban no consumían más de un par. El resto del botín acababa en manos de su hijo, que lo aprovechaba con alegría y disfrutaba pensando que tenía toda su realidad bajo control, almacenada en aquel cajón junto a su pierna derecha.

Puede que esa fuera la primera de una larga lista de obsesiones: guardar todo el código que generaba en su ordenador. ¿La siguiente? Desmontar aparatos para comprender cómo funcionaban.

El joven novato del Colegio Alemán necesitaba desmembrar los cacharros mecánicos y electrónicos que lo rodeaban. En el interior de ellos estaban el cómo y el porqué de las acciones cotidianas en las que nadie parecía reparar: si giraba una rueda en el receptor de radio, subía el volumen; si movía otra, cambiaba la emisora. Sacar la antena mejoraba la calidad del sonido y dejar las baterías gastadas en el portapilas hacía que liberaran una especie de óxido que le provocaba picor en las yemas de los dedos. ¿Por

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

qué picaba ese líquido marrón? ¿Por qué se corrompían las pilas con el paso del tiempo? ¿Qué diferencia existía entre la AM y la FM?

Que el chico fuera un Trivial Pursuit¹ con piernas y no parara de preguntar —y responder— sobre asuntos que parecían no interesar a nadie no ayudaba con su popularidad en la escuela; que la profesora adivinara a las pocas semanas su pasión por arreglar aparatos y lo convirtiera en su técnico de reparaciones particular, tampoco.

Extraña era la semana que la señorita Masha Vólkova no llevaba a clase algún reloj averiado o un radio casete con los cabezales² sucios, entre otros aparatos. *Rarito* llegó a pensar, con razón, que estropeaba los cacharros aposta.

Pronto observó que la mayoría de los relojes digitales empleaban un mecanismo electrónico casi idéntico. Mismos contactos, mismos circuitos, mismo alojamiento para la pila y, casi siempre, las mismas averías. Nada que él no pudiera arreglar con un secador a media temperatura (humedad), una pequeña lima (contactos sucios), un cambio de pilas (batería gastada) o un destornillador de precisión (algún contacto flojo).

Lo cierto es que el friki de tercero pasó a cuarto con el expediente a rebosar de sobresalientes y con un puñado de enemigos que, de tanto referirse a él como “el capullo”, “el pelota”, “el empollón” o “el rarito” ya habían olvidado su verdadero nombre. Y casi se lo habían hecho olvidar a él.

1. *Trivial Pursuit*TM es un juego de mesa desarrollado en 1979 y lanzado en 1981. Cada caja contiene un tablero, fichas para los participantes y cientos de tarjetas repletas de preguntas sobre Ciencia, Cultura, Naturaleza o Deporte, entre otras materias. Es una marca registrada de Hasbro Gaming.

2. Las cintas de casete eran el soporte musical portátil más utilizado en los años 80. Las duraciones más habituales eran 60 y 90 minutos. El aparato para reproducir las cassetes tiene una serie de cabezales para leer o grabar datos. Estos cabezales electromagnéticos transforman lo que leen en señales eléctricas que, posteriormente, se convierten en música o datos.

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

Por suerte, no todos mantenían esa actitud hostil. Las chicas, por ejemplo, eran cordiales y se divertían dándole palique en el patio de recreo. Sus charlas, originales y diferentes, las hacían reír, ya fuera por la temática insólita o por el especial sentido del humor (negro) del que hacía gala.

Su indumentaria tampoco era la de un chico cualquiera.

Utilizar una gabardina color beige junto a camisas, pantalones y chalecos heredados de sus primos noruegos —y que no se ajustaban ni a su talla ni a la moda de mediados de los ochenta— dotaba de cierto exotismo a la presencia del chaval.

A excepción de los acosadores, el resto de los compañeros masculinos lo trataba con normalidad. Eso sí, nadie se peleaba por tenerlo en su equipo de fútbol para jugar en el patio. No era un líder ni nada por el estilo, pero tampoco lo rechazaban. Y cuando la profesora mandaba un trabajo en grupo en la lista de deberes, él se convertía en un candidato muy apetecible: Rarito era de esos que lo escribían todo mientras tú charlabas y te permitían poner tu nombre al final. Buena nota asegurada.

Los malotes no eran, por tanto, más de cinco o seis —el número de integrantes iba por rachas, en función de repetidores, descarriados y otros factores—, si bien atesoraban la habilidad suficiente como para contaminar el ambiente del Colegio Alemán hasta hacerlo irrespirable para el empollón.

Con el paso de los meses, los chulos de la clase entendieron las ventajas de dosificar su crueldad. Medían las épocas de acoso extremo para que duraran lo justo. Llegados al límite, y cuando el chaval mostraba signos de hundimiento emocional, levantaban el pie del acelerador. Activaban una tregua temporal sin razón aparente.

En las épocas de calma tensa sucedían cosas extrañas para él, como el día en que Angel le dejó probar el walkman³ que su padre,

3. La palabra Walkman fue creada por Sony para hacer referencia al reproductor portátil de cintas de casete con el que cualquier usuario podía llevar su música a cualquier parte.

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

funcionario del gobierno ruso, trajo de Japón tras su último viaje de negocios. ¡Qué bien sonaba aquel aparato!

Guiños tan misericordiosos confundían a Friki, sobre todo porque de buenas a primeras retornaban las collejas, los insultos y las persecuciones.

La alternancia de maldad y bondad lo volvían aún más ansioso y desconfiado.

Apenas contaba ya con las vacaciones como único período de paz y control sobre las cosas.

Así llegó hasta la primavera de 1987, momento en el que el hostigamiento al chaval entró en otra fase desconcertante.

Los cafres visitaban algunas tardes el piso donde vivía la familia de los Raros —Fyodor, Ziska... y *Rarito*—. Situado en un viejo bloque de pisos, en el número 79 del Bulevar Vernadsky (recibía ese nombre en honor al científico Vladimir Vernadsky), pillaba cerca del Colegio Alemán y eso les evitaba dar explicaciones a sus padres.

No es que acudieran allí para reforzar una nueva relación, menos violenta y agobiante, ¡no! Tampoco es que entrara en los planes de los malos tornarse buenos en un futuro cercano. Sus motivaciones reales eran simular mejor una inexistente amistad y despertar menos sospechas en sus padres.

De esta manera, pensaron, sería más fácil que colaborara con ellos en otras áreas distintas a ser un simple *punching-ball*: trabajos de clase, apuntes, prueba de videojuegos nuevos, ayuda con los deberes, dinero... La utilidad del chaval era infinita para una panda de niñatos vagos y mimados. Otros alicientes eran las deliciosas meriendas que se zampaban allí y los artilugios a los que encontraban usos muy creativos... —¿Para qué sirve esa mierda? ¿Para guardar folios? —preguntó Ralph, apuntando con un dedo a la impresora que tenía Fyodor en la sala donde se situaba el ordenador.

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

—Para escribir y dibujar cosas que están en la memoria del ordenador o guardadas en las cassetes —respondió *Rarito*, que siguió explicando—. Se llama impresora y tiene nueve agujas muy pequeñas que perforan una cinta con tinta para transferir al papel una imagen, un texto o lo que sea.

Filipp engullía las galletas que Franziska colocó en el despacho. El azúcar movió las neuronas de Philipp, que pellizó a Angel para que escuchara su genial idea:

—Eso imprime cualquier cosa, ¿no?

—Sí. Si está en el ordenador, no debe...

—Calla, tonto —interrumpió Philipp—, que no he terminado. Tú tecleabas los apuntes y los guardabas en cintas, ¿verdad? Un día presumiste de eso en clase...

—No siempre, pero... —admitió el chaval.

—¿Y podrías imprimirlos con una letra muy, muy, MUY pequeña? —Filipp juntaba el pulgar y el índice y colocaba su ojo delante para escenificar a cuánto de “pequeñita” se refería.

—Sí, pero ¿quién quiere leer...

—¡No te hemos preguntado, tío! —censuró Angel, pendiente ahora de la conversación una vez finiquitado el vaso de cacao—. Pero ¿para qué quieres la letra tan pequeña, Philipp?

—No lo entendéis. ¡Eso que llamas “impresora” es una fábrica de chuletas para los exámenes, joder!

Las caras de sus dos colegas se iluminaron con la brillante idea de Philipp; la de *Friki* se oscureció.

—Bueno, a ver... —carraspeó—, como os decía, no siempre paso los apuntes y...

¡PLAS!

Ralph le lanzó, desde el lateral, una colleja directa, fuerte y seca. Al saltar de la silla para abalanzarse, esta golpeó la mesita que tenía detrás. Cayó al suelo un objeto muy querido por

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

Rarito: un trofeo de madera y piedra, hecho a mano, casi sin herramientas ni recursos, y con el nombre de su abuelo, Oliver, grabado irregularmente con un clavo. Este lo había ganado en una carrera entre presos dentro de Dachau⁴ antes del final de la II Guerra Mundial.

La reliquia, que tenía un alto valor para el joven, se rompió en siete u ocho pedazos. El acosador, que no se percató del destrozo, pellizcó con fuerza el hombro del chaval y se acercó a su oreja para hablarle en voz baja.

—Pero eso era ANTES. Seguro que ahora te apetece pasar los apuntes de la señorita Vólkova al ordenador y grabarlos en las cintas esas del cajón.

Aguantando la risa con un puño en la boca, Angel y Filipp se regocijaron mientras *Rarito* se frotaba la nuca y asentía con una mueca de resignación.

—¡Vamos, coño, que somos amiguitos! —exclamó Ralph dándole ahora un falso abrazo fraternal y un palmetazo en la espalda—. Para el examen final, antes del verano, queremos un resumen de cada apartado de Historia.

—En hojas pequeñas, más o menos así —añadió Angel marcando una altura de unos diez centímetros.

—Y con una letra que podamos leer a tres o cuatro palmos de distancia —Filipp, pendiente de la logística, no quería dejar nada al arbitrio—. No vayamos a cagarla en el examen final, ¿vale, capullín?

Si se acababan los juegos y la merienda, no había más que hacer en la casa de los Raros Mayores.

4. Dachau fue un campo de concentración nazi situado en el pueblo homónimo, al oeste de Munich. Estuvo en funcionamiento desde el 22 de marzo de 1933, fecha en que se terminaron las primeras construcciones, hasta el 29 de abril de 1945, cuando el Ejército Aliado liberó a los prisioneros.

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

Los tres indeseables se marcharon por donde habían venido una hora antes, con el estómago lleno y sus aprobados casi asegurados gracias al compromiso adquirido por *Friki*.

Este, aún sentado ante el ordenador, contemplaba las tres tazas de chocolate vacías y los restos de galletas. Simbolizaban la derrota, la cobardía, el miedo al dolor físico y a la humillación pública. Sentía un nudo que le impedía respirar bien y le aceleraba el pulso sin control.

Sin decir nada a nadie cogió su pijama y se encerró en el baño. Acertó a gritar “Mamá, voy a la ducha, ¿vale?”, casi sin aire, con el corazón encogido y, sin esperar el permiso de nadie, cerró la puerta. Se quedó inmóvil ante el espejo. No se reconocía.

Temblando se quitó la parte superior de la ropa. Profundizó en sus ojos, con los brazos estirados, pegados a su cuerpo blanquecino, y apretó los puños con fuerza. ¿Quién era ese que le devolvía la mirada? “Un cobarde de mierda. Ese es el que me mira desde detrás del espejo. ¡Espabila! Pégalas. ¡Devuélvesela! ¡Húndelos en la miseria! Haz algo de una maldita vez. ¡Se ríen de ti, *Capullo!*”, musitó entre dientes, cuidándose de no ser oído.

La retahíla lo excitó aún más. El baño empezaba a moverse y se sentía un poco mareado. Se sentó en el inodoro, hincó los codos en las rodillas y se puso la cabeza entre las manos. Las lágrimas le recorrían el antebrazo. Se incorporó un poco y pegó la espalda a la cisterna. Miró al techo y resopló. Entrecruzó los dedos y se colocó las manos a la altura del esófago. Ese calor en la zona estomacal lo calmaba.

Controló su respiración y cerró los ojos. Siguió las pautas que le había enseñado su madre: coger aire contando hasta tres, soltarlo contando hasta seis.

Se introdujo en la ducha e intentó visualizar cómo la ira y la impotencia que sentía se iban por el desagüe rodeando sus pies y huyendo hacia las cañerías.

EL NIÑO QUE BRILLABA DEMASIADO

Al salir del baño, perfumado y limpio, con su pijama de segunda mano, se sentía como un niño nuevo. Ya olía la cena y oía a su padre tecleando en el ordenador que él mismo había dejado libre veinte minutos antes.

—Vienen mucho por aquí ahora tus amigos, ¿no? —inquirió Franziska al ver pasar a su hijo por detrás en dirección al lavadero para dejar la ropa sucia.

—Sí, mami. Estamos... haciendo unos trabajos para el cole. Son mis colegas, tú sabes —el chico se esforzó cuanto pudo por ser convincente. No colaba.

—Ya... ¿Y tú vas también a sus casas y meriendas con ellos? ¿Te caen bien sus padres?

Las preguntas lo agobiaron. No solo no había ido a sus casas; ni siquiera conocía dónde vivían.

—No, mami. Es que viven muy lejos, ¿sabes? Muy a las afueras. Tendría que ir en coche y...

—Puedo llevarte alguna tarde si quieres. Díselo mañana y esta misma semana... —se ofreció Ziska dándose la vuelta, con el delantal puesto, mientras algo saltaba en la sartén.

—¡Te he dicho que viven muy lejos! ¿Es que no hablo claro, mamá? No se puede ir a sus casas, y punto.

—¿Y cómo vienen ellos hasta aquí entonces? —contrató Franziska, con voz suave, intentando calmar a su hijo.

—¡Arghhhh! Me voy con papá al ordenador.

La madre —como todas las madres de este mundo— adivinaba cuando el joven le mentía. Desconocía la gravedad que escondía la patraña, pero, sin duda, él le ocultaba el motivo real por el que no conocía las casas de sus “colegas”.

Capullo recorrió el pasillo hasta el fondo. Giró a la izquierda y entró en la salita donde estaba su padre, encorvado, acercando la vista a la pantalla.